

EL ESPECTADOR

FUNDADO EN MEDELLÍN EN 1887 POR FIDEL CANO

El Espectador trabajará en bien de la patria con criterio liberal y en bien de los principios liberales con criterio patriótico. Fidel Cano

Gerente Eduardo Garcés López Director Fidel Cano Correa

Consejo Editorial

Presidente Gonzalo Córdoba Mallarino

Pilar Reyes, Héctor Abad Faciolince, Ramiro Bejarano, Armando Montenegro.

Editor General Jorge Cardona

Vicepresidente Comercial Caracol Unidad de Medios Mauricio Umaña Blanche

Gova



El Pez Muerto

Gova

Directores: Fidel Cano Gutiérrez: 1887 - 1919. Luis Cano: 1919 - 1949. Gabriel Cano 1919 - 1923 (Medellín) y 1949 - 1958. Guillermo Cano: 1952 - 1986. Juan Guillermo y Fernando Cano: 1986 - 1997. Rodrigo Pardo: 1998 - 1999. Carlos Lleras de la Fuente: 1999 - 2002. Ricardo Santamaría: 2003. Fidel Cano Correa: 2004 fidelcano@elespectador.com

El Espectador. Editado por Comunican S.A. ©. Miembro: SIP, WAN, IPI y AMI © Comunican S.A. 2018. Todos los derechos reservados. ISSN 0122-2856. Año CXXXI. www.elespectador.com

Opinión

¿Y la salud mental para cuándo?

DENTRO DE LOS MÚLTIPLES PROBLEMAS que tiene el sistema de salud de los colombianos, uno que no se discute con la necesaria frecuencia y profundidad es el de la salud mental. Se trata de un tema plagado de prejuicios, desconocimiento y obstáculos para el tratamiento, que produce padecimientos muchas veces silenciados. Es momento de dar un debate nacional sobre la salud mental de quienes viven en Colombia.

Hace poco, **El Espectador** publicó un especial digital que relata las experiencias de varias personas con varias enfermedades mentales (<http://bit.ly/SaludMentalEE>). Aunque cada historia tiene sus particularidades, son varias las conclusiones que se pueden generalizar a partir de los testimonios recogidos: se trata de enfermedades que son difíciles de comprender y explicar, causan serios problemas en las familias de quienes las padecen, dificultan el acceso a espacios laborales, están marcadas por los estigmas que empeoran toda la situación y el sistema de salud colombiano no está preparado para atender de manera humana estas aflicciones.

Según el Estudio Nacional de Salud Mental, en Co-

lombia el 40,1% de la población que se encuentra entre los 18 y los 65 años ha sufrido o sufrirá alguna vez en la vida un trastorno mental. Si se observan los datos mundiales, este tipo de aflicciones vienen en aumento; en parte, gracias a que hemos aprendido a diagnosticarlas, pero también a la manera en que las sociedades se están organizando.

Se trata, entonces, de un problema que no va a desaparecer. ¿Por qué muchas personas prefieren ignorarlo?

Un artículo publicado en *Cromos* hace poco entrevistó a decenas de personas que lidian con diversas enfermedades mentales, en particular la depresión. La abrumadora mayoría contó cómo la reacción de su entorno, cuando tuvieron un diagnóstico, fue la incredu-

“El 4,7% de los colombianos sufren de depresión, un porcentaje más alto que el promedio mundial”.

lidad. Muchos colombianos siguen creyendo que la depresión es un capricho. No entienden que de por medio hay un montón de factores complejos, incluyendo desbalances químicos en el cerebro, y que necesitan tratamiento especializado. Ese desconocimiento lleva a que muchas personas sufran en silencio.

Y no son pocos quienes sufren, por cierto. El 4,7% de los colombianos sufren de depresión, un porcentaje más alto que el promedio mundial. Dos de cada 100 colombianos padecen trastorno afectivo bipolar y, de esos, el 25% son niños y adolescentes. En algún momento de sus vidas, el 80% de los colombianos han presentado entre uno y tres síntomas de depresión. Todos son datos contenidos en la Encuesta Nacional de Salud Mental.

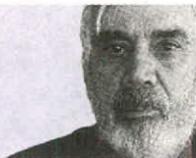
El otro gran reto es el acceso. La Organización Mundial de Salud ha denunciado que, en todo el mundo, hay escasez de psiquiatras, enfermeras y psicólogos. En Colombia, la salud mental, cuando se trata por la medicina privada, tiene costos prohibitivos, y cuando se atiende en el sistema público, afronta un número enorme de obstáculos.

Por todo esto, preguntamos: ¿y para cuándo la salud mental en Colombia?

¿Está en desacuerdo con este editorial? Envíe su antieditorial de 500 palabras a yosoyespectador@gmail.com

El precio de la gasolina

SALOMÓN KALMANOVITZ



EL PRECIO DE LOS COMBUSTIBLES en Colombia es un misterio. La gasolina en febrero de 2019 alcanzó \$9.500 por galón, cuando el precio internacional en el Golfo de México está en US\$1,45, o sea \$4.500. La diferencia se debe básicamente a los impuestos que recaen sobre el combustible. El Gobierno argumenta que cuando el petróleo estaba caro se subsidiaba la gasolina y eso creó un déficit acumulado que ahora pretende recuperar con alzas adicionales.

El Ministerio de Minas publica un informe sobre el precio de la gasolina que cito a continuación: Ecopetrol recibe \$4.880 por galón, \$380 más que el precio internacional, que debe ser lo que se está abonando al pasado déficit; los ingenios reciben \$7.570 por galón de etanol, que se mezcla al 10% con la gasolina, pero en el mercado internacional se pagan \$4.030 por el mismo etanol, lo que representa \$3.540 de subsidio a sus productores. El impuesto nacional a la gasolina más el de carbono es de \$674 y la sobretasa para los municipios

es de \$1.143, que en Bogotá financian topes, ciclorrutas y máquinas escondidas que les imponen partes a los conductores, pero ninguna vía nueva.

El consumo anual de gasolina en Colombia es de 1.350 millones de galones, a los que se le añaden 135 millones de galones de etanol. Multiplique ese monto por \$354 y le estamos entregando a la industria azucarera un subsidio de \$48.000 millones por Ecopetrol y, claro está, el Gobierno, que se ha acomodado a los intereses de los gremios que producen biocombustibles, mas no a los de los consumidores. Esta política adormece el impulso a reducir los costos de producción e impide competir en el mercado mundial de etanol, dominado por Estados Unidos, que lo extrae del maíz, y por Brasil, que produce 50 veces más que Colombia.

En el caso del diésel, el Gobierno recauda \$604 por cada galón; pero los municipios reciben solo \$300. A los productores de aceite de palma se les compra cada galón a \$9.950, mientras su precio internacional es \$7.500, subsidio que se agrega a los costos de transporte de todas las mercancías que circulan por el país. El aceite de palma también se mezcla al 10% con el diésel; retírese el subsidio y surge un ahorro de \$245 en cada galón de diésel que consumen camiones y tractomulas.

El consumo anual de diésel alcanza 2.000 millones de galones a los que se les mezclan 200 millones de aceite de palma. Volvemos a hacer la cuenta y nos arroja una suma de \$49.000 millones anuales de subsidio a los palmicultores, lo que explica por qué el país se ha llenado de plantaciones de palma africana en tan poco tiempo. Es poco probable que estos productores puedan salir a competir en el mercado internacional, dominado por países eficientes como Indonesia y Malasia, que producen 25 y 20 veces más que Colombia, respectivamente.

El argumento de la industria infante defiende los subsidios para el despegue de nuevas actividades; sin embargo, una vez alcanzada la mayoría de edad de las empresas, los subsidios deben retirarse paulatinamente e incentivar la conquista de los mercados globales. En los casos de los biocombustibles en Colombia, los subsidios permanentes conducen a la explotación del consumidor y al enanismo de las empresas que los producen.

El sistema de precios de los combustibles es irracional: surge de la economía política del capitalismo compinche, que favorece a los empresarios y sacrifica a los consumidores y transportistas, mientras que tampoco propicia el desarrollo económico.

Nieves



Que el gobierno contrate arañas para hacer los puentes y hormigas para hacer los túneles.